

dad tienen pelos blancos y negros... No hay ciervos, pero si algunas liebres, aunque pocas; muchas gacelas etc.» Este parage parece inditar que no existe en Tartaria nuestro conejo de cola corta, ó mas bien, que en aquel clima ha sufrido algunas variedades, y señaladamente la de haberse alargado su cola; pues semejándose el talay al conejo en todo lo demas, casi no puede dudarse que efectivamente sea un conejo de cola larga, y no considero necesario hacer de él una especie distinta y separada de la del conejo.

DE LOS ANIMALES CARNICEROS.

Hasta aquí no hemos hablado sino de los animales útiles: el número de los dañinos es mucho mas crecido; y aunque en general las cosas nocivas nos parecen mucho mas abundantes que las provechosas, sin embargo todo está bien ordenado, pues en el universo físico el mal concurre al bien, y nada hay que en realidad dañe á la naturaleza. Si por *dañar* entendemos destruir seres animados, ¿qué especie hay tan dañina como el hombre, considerado como parte del sistema general de estos seres? El solo sacrifica y destruye mas individuos vivientes que cuantos devoran todos los animales carniceros. Así estos no se consideran nocivos sino porque son competidores del hombre, porque tienen igual apetito y afición á la carne, y porque á veces para socorrer una falta de primera necesidad le disputan una presa que él reservaba para sus excesos; pues nosotros sacrificamos á nuestra gula mas de lo que empleamos en nuestras verdaderas necesidades; y siendo por índole des-

tructores de los seres que nos están subordinados, agotaríamos la naturaleza, si esta no fuese inagotable, y si en virtud de una fecundidad tan grande como nuestra devastacion no supiese reparar sus pérdidas y renovarse á si misma. Pero está ordenado que la muerte sirva á la vida, y que la reproduccion nazca de la destruccion, y así por grande y anticipado que sea el consumo que hacen el hombre y los animales carniceros, la cantidad total de la sustancia viviente nada se disminuye, pues al mismo paso que los animales y los hombres aceleran las destruccion, apresuran tambien los nuevos nacimientos.

Los animales que por su corpulencia merecen atencion en el universo, son la parte mas corta de las sustancias vivientes: la tierra hierve en animales pequeños; y cada planta, cada grano, cada partícula de materia orgánica contiene millares de átomos animados. Los vegetales parece son el mayor caudal de la naturaleza; pero este caudal de subsistencia, por mas abundante é inagotable que sea, apenas bastaria para sustentar el número, aun mas copioso, de insectos de todas especies, cuya multiplicacion no menos numerosa, y regularmente mas pronta que la reproduccion de las plantas, manifiesta bien su superabundancia, pues las plantas solo se reproducen de año en año, y es precisa toda una estacion para formar su grana, al paso que los insectos, y mayormente en las especies mas pequeñas, como el pulgon, una sola estacion basta para muchas generaciones. Multiplicarian, pues, los insectos mas que las plantas, sino fuesen destruidos por otros animales, á quienes sirven de pasto natural, así como el suyo parece son las plantas y semillas. Además, entre los insectos hay muchos que no se alimentan sino de otros insectos, y aun algunas especies, como las arañas, que devoran indistintamente las otras espe-

cies y la suya: todos ellos sirven de pasto á las aves, y las aves domésticas y selváticas alimentan al hombre, ó son presa de los animales carnívoros.

Así, pues, la muerte violenta es un uso casi tan necesario como la ley de la muerte natural, siendo estos dos medios de destrucción y de renovación, de los cuales el uno sirve para mantener la perpétua juventud de la naturaleza, y el otro conserva el orden de sus producciones, y es el único que puede limitar el número de las especies. Ambos son efectos dependientes de las causas generales: cada individuo que nace fallece naturalmente al cabo de cierto tiempo, y si anticipadamente es destruido por los otros consiste en que sobra. ¡Y cuántos son suprimidos de antemano! ¡Qué de flores cortadas en su primavera! ¡Cuántas castas estinguidas al instante que nacen! ¡Cuántos batovs aniquilados antes de su desarrollo! El hombre y los animales carnívoros no se alimentan sino de individuos ya formados ó prontos á formarse: la carne, los huevos, los granos, las semillas de toda especie son su ordinario alimento; y solo esto puede limitar la redundancia de la naturaleza. Considérese por un instante alguna de aquellas especies inferiores que sirven de pasto á las otras; la de los arenques, por ejemplo, los cuales vienen á millares á ofrecerse á nuestros pescadores, y después de haber alimentado todos los monstruos de los mares del Norte proveen á la subsistencia de todos los pueblos de Europa una parte del año. ¡Qué multiplicación tan prodigiosa la de estos animales! Pero si en gran parte no fuesen destruidos por los otros, ¿cuáles serian los efectos de esta inmensa multiplicación? Los arenques solos cubrirían toda la superficie del mar, y en breve, dañándoles su mismo número, se corromperían y destruirían ellos mismos: faltándoles alimento suficiente, su fecundidad se dis-

minuiria: el contagio y el hambre harian en ellos el mismo estrago que hace ahora el consumo: el número de estos animales no se aumentaria, y se disminuiria el de los que se alimentan de ellos; y pudiendo decirse lo mismo de todas las demas especies, resulta ser necesario que las unas vivan á espensas de las otras; y por consiguiente, que la muerte violenta de los animales sea un uso legitimo é inocente, pues se funda en la misma naturaleza, y ellos no nacen sino con esta condicion.

Confesemos, sin embargo, que el motivo por que se ha pretendido poner en duda esta verdad, es honorífico para el género humano. Los animales, á lo menos los que tienen sentidos, carne y sangre, son seres sensibles capaces de placer, como nosotros, y sujetos al dolor. Así, es especie de insensibilidad cruel sacrificar sin necesidad, principalmente aquellos que nos son familiares, que viven con nosotros, y cuyo sentimiento se refleja hácia nosotros mismos, manifestándosenos por las expresiones del dolor, pues los que son de naturaleza totalmente diversa de la nuestra, casi no pueden hacernos impresion. La compasion natural se funda en las relaciones que tenemos con el objeto paciente: esta será tanto mas viva, quanto fuere mayor la semejanza y conformidad de las naturalezas; y así vemos que se padece, cuando se vé padecer á su semejante. *Compasion*: esta palabra expresa bastante ser su objeto un tormento, una pasion de que participamos; pero quien padece no es tanto el hombre como su propia naturaleza, que se conduce y conmueve maquinalmente, y que por sí misma se contempla al tono del dolor. En esta sensacion de piedad natural tiene menos parte el alma que el cuerpo; y los animales son tan capaces de ella como el hombre, observándose que el grito del dolor los irrita,

que acuden á socorrerse, y que retroceden á vista de un cadáver de su especie. Así, pues, el horror y la compasion no tanto son pasiones del alma, como afectos naturales que dependen de la sensibilidad del cuerpo, y de la semejanza de configuracion; y por consiguiente, esta sensacion debe disminuirse á proporcion de la distancia que hay entre las naturalezas. En efecto, el ver herir á un perro, ó degollar un cordero nos causa alguna lástima; pero ninguna el ver cortar un árbol ó morder una ostra.

Y á la verdad, ¿puede dudarse que los animales, cuya organizacion es semejante á la nuestra, percibirán sensaciones semejantes? Ellos son sensibles, puesto que tienen sentidos y lo son tanto mas, cuanto sus sentidos son mas activos y perfectos: por el contrario, ¿qué sensacion delicada pueden tener aquellos animales, cuyos sentidos son obtusos, ni como podrán los que carecen de algun órgano, dejar de estar privados de todas las sensaciones relativas á él? El movimiento es efecto necesario del ejercicio del sentimiento. Hemos provado que, de cualquier modo que un ser esté organizado, si tiene sentimiento, no podrá dejar de manifestarle á lo exterior con movimientos exteriores; y por tanto, las plantas, aunque bien organizadas, son seres insensibles, igualmente que los animales, que como ellas, no tienen ningun movimiento aparente. Así tambien, entre los animales, los que solo tienen un movimiento sobre sí mismo, como sucede en la planta llamada *sensitiva*, y á quienes falta el movimiento progresivo, tienen tambien muy poco sentimiento; y finalmente, á aquellos que tienen un movimiento progresivo, pero que, como autómatas, no ejecutan sino un corto número de acciones, y siempre de un mismo modo, solo es-

tán dotados de una débil porcion de sentimiento, limitada á un corto número de objetos. ¡Qué de autómatas en la especie humana, y cuanto no aumenta la cantidad y la viveza del sentimiento, la comunicacion respectiva de las ideas! ¡Qué diferencia tan notable en esta parte, entre el hombre salvaje y el hombre civilizado, entre una aldeana y una muger de la corte! Del mismo modo, entre los animales: los que viven con nosotros se hacen mas sensibles mediante esta comunicacion, así como los que permanecen silvestres no tienen mas que la sensibilidad natural, mas segura por lo comun, pero siempre menor que la adquirida.

Por lo demas, aun no considerando el sentimiento sino como una facultad natural, y sin dependencia de su resultado aparente, esto es, de los movimientos que necesariamente produce en todos los seres dotados de él, casi se pueden juzgar, apreciar y determinar sus diferentes grados, por medio de las relaciones fisicas, las cuales me parece no se han examinado con la atencion necesaria. Para que el sentimiento esté en su mas alto grado, en un cuerpo animado, conviene que este cuerpo forme un todo, que sea no solo sensible en todas sus partes, sino ademas compuesto de tal modo, que todas estas partes sensibles tengan entre sí una intima correspondencia, y que ninguna de ellas pueda ser conmovida, sin comunicar parte de esta conmocion á cada una de las otras. Es necesario, ademas, que haya un centro principal y único adonde vayan á parar estas varias conmociones, y sobre el cual, como sobre un punto de apoyo general y comun, se haga la reaccion de todos estos movimientos. Así el hombre, y los animales que mas se le semejan por su organizacion seran los seres mas sensibles, y por el contrario, aquellos que no constituyen un todo tan com-

pleto, cuyas partes carecen de una correspondencia íntima, que tienen varios centros de sentimiento, y que bajo un mismo tegumento no tanto parece que encierran un todo único, un animal perfecto, como que contiene muchos centros de existencia separados ó diferentes unos de otros, serán unos seres mucho menos sensibles. Un pólipo que se corta, y cuyas partes divididas viven separadamente: una abispa, cuya cabeza, aunque separada del cuerpo, se mueve, vive, obra y aun come igualmente que antes: un lagarto, al cual cortándole una parte de su cuerpo, no se le quita el movimiento, ni el sentimiento: un cangrejo, cuyos miembros cortados se reproducen: una tortuga, cuyo corazón late mucho tiempo después de habersele arrancado: todos los insectos en quienes las principales entrañas, como el corazón y los pulmones, no forman un todo en el centro del animal, sino que están divididas en muchas partes, estendiéndose á lo largo del cuerpo, y formando, para decirlo así, una serie de entrañas, de corazones y de tracheas: todos los peces, en quienes los órganos de la circulación, y de la respiración tienen poca acción, y son muy diferentes de los que vemos en los cuadrúpedos, y aun en los cetáceos: en fin, todos los animales, cuya organización se distingue de la nuestra, tienen poco sentimiento, y tanto menos cuanto más difieren de ella.

En el hombre, y en los animales que se le semejan, parece que el diafragma es el centro del sentimiento: esta parte nerviosa recibe las impresiones del dolor y del placer; y en este punto de apoyo es donde se ejercen todos los movimientos del sistema sensible. El diafragma separa transversalmente el cuerpo entero del animal, y le divide con bastante exactitud en dos partes iguales, de las cuales la superior incluye el corazón y los pulmones, y la infe-

rior contiene el estómago y los intestinos. Esta membrana está dotada de una extrema sensibilidad, y es tan necesaria para la propagación y comunicación del movimiento y del sentimiento, que la más leve herida, sea en el centro nervioso, sea en la circunferencia, ó aun en los ligamentos del diafragma, siempre es acompañada de convulsiones, y ordinariamente seguida de muerte violenta. El cerebro, pues, en que supone el asiento de las sensaciones, no es el centro del sentimiento, puesto que, por el contrario, puede ser herido y roto, sin que se siga la muerte, y sabemos por experiencia, que después de haber quitado una parte considerable del cerebelo, el animal no ha cesado de vivir, de moverse y de sentir en todas sus partes.

Distingamos, pues, la sensación del sentimiento: la sensación no es otra cosa, que una conmoción en el sentido: el sentimiento es esta misma sensación que llega á ser agradable, ó desahagible por la propagación de esta conmoción en todo el sistema sensible: digo *la sensación que llega á ser agradable ó desahagible*, porque esto es lo que constituye la esencia del sentimiento: su carácter único es el placer ó el dolor; y todos los sentimientos que no participan del uno ó del otro, aunque se efectúen dentro de nosotros mismos, nos son indiferentes, y no nos causan impresión alguna. Del sentimiento, pues, depende todo el movimiento exterior, y el ejercicio de todas las fuerzas del animal, el cual no obra sino á proporción de las afecciones que recibe, esto es, en cuanto siente; y esta misma parte, que consideramos como el centro del sentimiento, será también el centro de las fuerzas, ó bien el punto de apoyo común, sobre el cual estas se ejercen. El diafragma es en el animal lo que el cuello en las plantas, uno y otro le dividen transversalmente, y uno y otro sirven de punto de apoyo á las

fuerzas opuestas, porque las fuerzas que en un árbol impelen á lo alto las partes que deben formar el tronco y las ramas, se sostienen y estriban sobre el cuello, igualmente que las fuerzas opuestas que impelen hácia abajo las partes que forman las raíces.

Por poco que se examine, se conocerá fácilmente que todas las afecciones íntimas, las conmociones vivas, los deliquios del placer, los estremecimientos, los dolores, las náuseas, los desmayos y todas las impresiones fuertes de las sensaciones agradables ó displicentes se sienten en lo interior del cuerpo, en la misma region del diafragma. Por el contrario no hay indicio alguno de sentimiento en el cerebro, ni en la cabeza hay mas que las sensaciones puras, ó por mejor decir las representaciones de estas mismas sensaciones simples, y desnudas de los caractéres del sentimiento: solamente nos acordamos, que tal ó tal sensacion nos fué agradable ó displicente; y si esta operacion, que se efectúa en la cabeza es seguida de un sentimiento vivo y real, entonces se siente su impresion en lo interior del cuerpo, y siempre en la region del diafragma. Asi en el feto, en que esta membrana está sin egercicio, no hay sentimiento alguno, ó es tan débil, que nada puede producir; y por esto los ligeros movimientos que hace el feto, son mas bien maquinales, que dependientes de las sensaciones y de la voluntad.

Sea la que fuere la materia que sirve de vehículo al sentimiento y que produce el movimiento muscular, no admite duda que se propaga por los nervios y se comunica en un instante indivisible de una estremidad á otra del sistema sensible. De cualquier modo que se efectue este movimiento, ya sea por vibraciones como en las cuerdas elásticas, ó ya por un fuego sutil, por una materia semejante á la eléctrica, la cual no solo reside en los cuerpos animados como en

todos los demas cuerpos, sino que continuamente se está reproduciendo en ellos por el movimiento del corazon y de los pulmones, por la frotacion de la sangre en las arterias, y tambien por la accion de las causas externas sobre los órganos de los sentidos, es tambien cierto que los nervios y las membranas son las únicas partes sensibles del cuerpo animal. La sangre, la linfa, todos los demas líquidos; la grasa, los huesos, las carnes, todos los demas sólidos son de su naturaleza insensibles; el cerebelo lo es tambien, siendo una sustancia blanda y sin elasticidad, y por lo mismo incapaz de producir y de propagar el movimiento, las vibraciones ó las conmociones del sentimiento. Por el contrario, la *dura* y la *pia mater*, llamadas de otro modo *meninges*, son muy sensibles, cubren todos los nervios, tienen su origen, como estos, en la cabeza, se dividen como los ramos de los nervios, y se estenden hasta sus mas menudas ramificaciones, viniendo á ser, para decirlo así, unos nervios aplastados, como que su sustancia es la misma que la de los nervios, y tiene casi el mismo grado de elasticidad, constituyendo una parte necesaria del sistema sensible. Si se pretende, pues, que el asiento de las sensaciones esté en la cabeza, deberá estar en las *meninges* y no en la parte medular del cerebro, cuya sustancia es del todo diferente.

Lo que ha podido dar lugar á la opinion de que el asiento de todas las sensaciones, y el centro de toda sensibilidad están en el cerebro, es que todos los nervios, los cuales son los órganos del sentimiento, rematan en el cerebro, por cuya razon se le ha considerado como la única parte comun, que podia recibir todas las conmociones é impresiones. Esto solo ha bastado para establecer el cerebro por principio del sentimiento, por órgano esencial de las sensaciones, en una palabra, por *sensorio* comun. Esta suposicion

ha parecido tan sencilla y natural, que no se ha parado la consideracion en la imposibilidad física que encierra, no obstante ser muy evidente; porque ¿cómo es dable que una parte insensible, una sustancia blanda é inactiva, cual es el cerebro, sea órgano del sentimiento y movimiento? ¿Cómo es posible que esta parte blanda é insensible, no solo reciba aquellas impresiones, sino que las conserve largo tiempo, y comunique sus conmociones á todas las partes sólidas y sensibles? Quizá se dirá, con Cartesio, ó con Mr. de a Peyronie, que no es en el cerebello, sino en la glándula pineal, ó en el cuerpo caloso donde reside este principio; pero basta atender á la configuracion del cerebro, para conocer que estas partes de la glándula pineal y del cuerpo caloso, en que se ha querido establecer el asiento de las sensaciones, no tienen conexion con los nervios, y están enteramente rodeadas de la sustancia insensible del cerebello, y separadas de los nervios, de modo que no pueden recibir de ellos los movimientos; y por consiguiente estas suposiciones quedan desvanecidas igualmente que la primera.

¿Cuál será, pues, el uso, cuáles las funciones de esta parte tan notable y principal? ¿No tienen cerebro todos los animales? ¿No vemos que en el hombre, en las aves y en los cuadrúpedos, que todos tienen mucho sentimiento, el cerebro es mayor y mas considerable que en los peces, en los insectos y en los demas animales que sienten poco? ¿Cuando se le comprime, no se suspende todo movimiento? ¿no cesa toda accion? Y si esta parte no es el principio del movimiento, ¿por qué le es tan necesario y esencial? ¿por qué tambien es proporcional, en cada especie de animales, á la cantidad de sentimiento de que está dotada?

Por mas difíciles que parezcan estas cuestiones,

creo poder responder á ellas de un modo satisfactorio; pero es necesario para esto acomodarse por un instante á no considerar, como yo lo hago, el cerebro, sino como el cerebello, y á no suponer en él nada mas de lo que se pueda percibir por medio de una atenta inspeccion, y de un exámen reflexivo. El cerebello, igualmente que la médula oblongada, y la médula espinal, que no son mas que una prolongacion del mismo cerebello, es una especie de mucilago apenas organizado, en que solo se distinguen las estremidades del gran número de arterias pequeñas que van á parar á él, y que no le conducen sangre, sino una linfa blanca y nutritiva. Estas mismas arterias pequeñas, ó vasos linfáticos, se descubren por toda su longitud en forma de hilos muy sutiles, cuando se desunen las partes del cerebello por medio de la maceracion. Por el contrario, los nervios no penetran á la sustancia del cerebello, llegando solo á su superficie, despues de haber perdido antes su solidez y elasticidad; y las últimas estremidades de los nervios, esto es, las mas inmediatas al cerebro, son blandas, y casi mucilaginosas. Por esta esposicion, en que nada entra de hipotético, se muestra que el cerebro, que es nutrido por las arterias linfáticas, suministra mutuamente el nutrimento á los nervios, los cuales deben ser considerados como una especie de vegetacion que se deriva del cerebro, por troncos y ramos, subdividiéndose despues estos en una infinidad de ramos. El cerebro es para los nervios, lo que la tierra para las plantas: las últimas estremidades de los nervios son las raices, que en todo vegetal son mas tiernas y blandas que el tronco y las ramas: las mismas estremidades contienen una materia dúctil, propia para hacer crecer, y para nutrir el árbol de los nervios y estraer esta materia dúctil de la misma sustancia del cerebro, al cual las arterias conducen continuamente

la linfa necesaria para resarcir esta pérdida. El cerebro, pues, en vez de ser el asiento de las sensaciones y el principio del sentimiento, no será mas que un órgano de secrecion y de nutricion; pero órgano muy esencial, sin el cual los nervios no podrian crecer ni conservarse.

Este órgano es mayor en el hombre, en los cuadrúpedos y en las aves, porque el número ó el volumen de los nervios es mayor en estos animales que en los peces y en los insectos, cuyo cerebro es pequeño, y proporcionado á la corta cantidad de nervios que nutre, y por lo mismo tienen poco sentimiento. Con este motivo no puedo dejar de advertir que el cerebro del hombre no es mayor que el de todos los demas animales, como algunos han pretendido, pues hay especies de monos, y de cetaceos que, proporcionalmente al volumen de sus cuerpos, tienen mas cerebro que el hombre; y este hecho es otra prueba, de que el cerebro no es el asiento de las sensaciones, ni el principio del sentimiento, porque en tal caso estos animales tendrian mas sensaciones y mas sentimiento que el hombre.

Si se considera el modo con que se hace la nutricion de las plantas, se observará que estas no estraen las partes mas gruesas de la tierra ó del agua, sino que es preciso que el calor reduzca estas mismas partes á vapores sutiles, para que las raices puedan chuparlas. Igualmente en los nervios, no se hace la nutricion sino por medio de las partes mas sutiles de la humedad del cerebro, que son chupadas por las estremidades ó raices de los nervios y dirigidas desde allí por todas las ramificaciones del sistema sensible. Este sistema forma, como hemos dicho, un todo, cuyas partes tienen tan estrecha connexion, y correspondencia tan íntima, que no se puede herir una de ellas sin conmovier violentamente todas las otras: una he-

rida, un simple tiron del nervio mas pequeño basta para causar una viva irritacion en todos los demas, y poner el cuerpo en convulsion, sin que se pueda hacer cesar el dolor y las convulsiones, sino cortando aquel nervio por debajo del parage lisiado; pero entonces todas las partes, á que iba á parar dicho nervio, quedan para siempre inmóviles é insensibles. El cerebro no debe ser considerado como parte del mismo género, ni como porcion orgánica del sistema de los nervios, puesto que no tiene las mismas propiedades ni la misma sustancia, no siendo sólido, elástico ni sensible. No niego, que cuando se le comprime, se hace parar la accion del sentimiento; pero esto mismo prueba, que este es un cuerpo extraño en el sistema, que obrando entonces por su peso sobre las estremidades de los nervios, los oprime y entorpece, del mismo modo que un peso, aplicado sobre el brazo, la pierna ó cualquier otra parte del cuerpo, entorpece sus nervios, y amortigua sus sentimientos. Es tan cierto que la cesacion del sentimiento, ocasionada por compresion solo es una suspension y entorpecimiento, que al punto que el cerebro deja de ser comprimido, renace el sentimiento y el movimiento se restablece. Confieso tambien que despedazando la sustancia medular, ó hiriendo el cerebro hasta el cuerpo caloso, se sigue la convulsion, la privacion de sentimiento y la muerte misma: pero esto procede de que entonces los nervios son enteramente trastornados, y para decirlo así desarraigados y heridos todos juntos y en su origen.

A todas estas razones p diera añadir hechos particulares, que prueban igualmente que el cerebro no es el centro del sentimiento, ni el asiento de las sensaciones. Se han visto nacer animales, y aun niños, sin cabeza y sin cerebro, y que sin embargo tenían sentimiento, movimiento y vida. Hay clases en-

teras de animales, como los insectos y los gusanos, en los cuales el cerebro no forma una masa distinta, ni un volúmen sensible, teniendo solamente una parte correspondiente á la médula oblongada y á la médula espinal, y por consiguiente, habria mas fundamento para establecer el asiento de las sensaciones y del sentimiento en la médula espinal, de la cual ningun animal carece, que en el cerebro, el cual no es parte general y comun á todos los seres sensibles.

El mayor obstaculo para el progreso de los conocimientos del hombre, no consiste tanto en las mismas cosas, como en el modo con que las consideramos. Por mas complicada que sea la máquina de nuestro cuerpo, es mucho mas sencilla que nuestras ideas; y menos difícil ver la naturaleza, cual es en sí misma, que reconocerla segun nos la representamos. La naturaleza no tiene ningun velo, pero nosotros la ofuscamos poniéndola una máscara, cubriéndola de preocupaciones, y suponiendo que obra y procede, como nosotros obramos y pensamos. Sin embargo sus operaciones son evidentes y claras y nuestros pensamientos oscuros: nosotros aplicamos á sus obras las abstracciones de nuestro entendimiento, la atribuimos nuestros medios, no juzgamos de sus fines sino por nuestras miras, y mezclamos perpetuamente en sus operaciones, que son constantes, y en sus hechos, que son siempre ciertos, el producto ilusorio y variable de nuestra imaginacion.

No hablo de aquellos sistemas puramente arbitrarios, de aquellas frívolas é imaginarias hipótesis, en que á primera vista se reconoce que nos presentan ilusiones en vez de realidades, solamente trato de aquellos métodos, por cuyo medio se investiga la naturaleza. Aun la misma via de la esperiencia ha producido menos verdades que errores; y este camino, aunque el mas seguro, solamente lo es, cuando va bien dirigido, pues por poco oblicuo que sea, condu-

ce á regiones estériles, donde no se ven obscuramente sino algunos objetos esparsidos. Sin embargo, se hacen esfuerzos para reunirlos; suponiéndoles relaciones mútuas y propiedades comunes; y como se pasa, y vuelve á pasar con satisfaccion por las sendas tortuosas que se han hecho, parece un camino trillado que todos siguen, aunque no conduce á ningun término, se adopta el método, y se admiten sus consecuencias como principios. Me seria fácil probar esto, solo con esponer desnudamente el origen de los que llaman *principios* en todas las ciencias, abstractas ó reales. En las primeras, la base general de los principios es la abstraccion, esto es, una ó muchas suposiciones (1): en las otras, los principios no son mas que las consecuencias buenas ó malas de los métodos que se han seguido. Ceñirme á hablar aquí solamente de la anatomia. Es verosímil que el primero que, venciendo la repugnancia natural, se resolvió á abrir un cuerpo humano, lo ejecutó en la persuasion de que, examinándole, disecándole y dividiéndole en todas sus partes, conoceria en breve su estructura, mecanismo y funciones: pero habiendo hallado el asunto, infinitamente mas complicado de lo que pensaba, se vió precisado á desistir de sus pretensiones, y á formar un método no para conocer y juzgar sino solamente para ver, y ver con órden. Este método no fué obra de un solo hombre, pues han sido necesarios todos los siglos para perfeccionarle, y aun al presente solo él ocupa nuestros mas hábiles anatómicos: sin embargo este método no es la ciencia, sino el camino que deberia conducir á ella, y que acaso hubiera conducido efectivamente, si en vez de caminar siempre por una misma linea en

(1) Véanse las pruebas que de esto doy en el tomo I de esta obra, al fin del primer discurso.